

menes aplicados á los escritores que disfrutaron los premios del certámen poético, encontramos que por regla general se les pena con azotes y galeras.

Hé aquí cómo se trata á uno de ellos:

Sentiamos que al momento  
Caballero en un jumento  
Con sus octavas al cuello,  
Un jubon le den con sello  
Por castigo y escarmiento.  
Y todos sus paniaguados  
Por diez años condenados  
Sin sueldo vayan al remo.

Á otro poeta que ha comparecido bajo el disfraz de licenciado Vidriera, (9) se le castiga así:

El licenciado Vidriera  
Que á las musas desafía  
Remará en una galera  
Y aun á su descortesía  
Mayor castigo le espera.  
Incurrió en descomunion;  
Y antes de la absolucion,  
Que humilde ha de procurar,  
Se manda disciplinar  
Por el cláustro, en procesion.

En otro caso se lee:

Al bachiller sayagués  
.....  
Que dos años despues vogue  
.....

Refiriéndose el tribunal á Sebastian de la Puyala, dice:

Y para siempre, mandamos  
Que á las galeras se lleve.»

Resulta, pues, que en Octubre de 1614, cuando estaba para publicarse el libro de Avellaneda, celebráronse unas justas en Zaragoza, á las que concurrieron los estudiantes de la Universidad con los disfraces de D. Quijote y de su escudero. Esto demuestra la popularidad de los tipos, y robustece la opinion de que el castigado poeta de los certámenes citados por Pellicer, fué otro estudiante, oficial ó paseante que se disfrazó con el colete y la caperuza de Sancho.

Asímismo descúbrese que lo de condenar á azotes y gurapas no era recurso singular en tales litigios. El fiscal de los mencionados certámenes condenó al anónimo Sancho Panza á sufrir cien azotes. No escarmienta el burlado poeta, atento á obtener la ganancia prometida, y el jurado, que ha medido su ignorancia y su terquedad, gradúa la pena sujetándole ahora al remo, que siempre á los azotes se siguieron las galeras. Demuestran estos antecedentes que ni en los primeros ni en los segundos versos publicados por Pellicer, se significan las señas del falso D. Quijote, viniendo por ende al suelo, las otras imaginaciones del ilustrado biógrafo y comentador.

Prosiguiendo en su análisis, entiende que Ave-

llaneda fué poeta cómico, porque mancomuna y envuelve su causa con la de Lope de Vega, y discurre que el Padre Murillo le llama eclesiástico, acaso porque se mostró teólogo y versado en los Santos Padres; y si valiera esta conjetura, dice textualmente, pudiera añadirse, no solo que era eclesiástico, sino religioso, y por ventura de la orden de predicadores. Observa Pellicer en Avellaneda, cierto estudio y afición á las cosas de esta orden, cierto celo de estender y promover la devoción del Rosario y cierta noticia de las ceremonias y prácticas religiosas; hallándole versado en la Suma de Santo Tomás, mientras atribuye sus espresiones vulgares é indecorosas á la falta del trato de gentes, motivado á permanecer en el retiro del claústro.

Fuéranos fácil oponer valiosas observaciones á los anteriores asertos; mas hemos de reducirnos á advertir que cuando Pellicer considera á Avellaneda, religioso dominico, hombre de letras, y fuerte en teología, esplicándose la pretendida grosería de su lenguaje por la normal residencia entre los muros de una celda; el fiscal de Zaragoza llama al vejado poeta, segun se vió, estudiante, oficial ó paseante, epítetos que no alcanzamos cómo pueden convenir al supuesto eclesiástico fautor de la mencionada falsificación. Y aquí es oportuno interrumpir por un instante la parte expositiva de este ensayo para pedir al lector se fije en el extravío insensible, pero efectivo, que vá

sufriendo la crítica, y como, andando el tiempo, lo que para unos fueron simples hipótesis, se truecan para otros en verdades inconcusas y cláusulas averiguadas y terminantes. (10)

Reanuda D. Martín Fernandez de Navarrete estas averiguaciones en la vida de Cervantes, publicada por la Academia Española en 1819; y para tan competente investigador lo dudoso conviértese en clara evidencia, la conjetura en afirmación incontestable. Pudo Cervantes arrancar la máscara á su contrario y sacarlo á la vergüenza con su cara descubierta; mas su moderación ú otras consideraciones no se lo permitieron. Mayans juzgó que era hombre poderoso y calificado, bien que vacilante en su concepto, hallaba tambien que pudo Cervantes ocultar cuidadosamente su nombre por ser persona baja y despreciable. Con mayor franqueza y verosimilitud afirmó el Padre Murillo que era eclesiástico, y Pellicer no solo apoyó este juicio, sino que añadió que era religioso de la Orden Tercera. Indícanlo, con efecto, con mucha probabilidad varios sucesos ó accidentes de su D. Quijote; vislumbrándose, igualmente, que el enmascarado Zoilo era compositor de comedias y comprendido en la censura general que de ellos hizo Cervantes; y consta, por otra parte, que concurrió á dos certámenes que se publicaron en Zaragoza hácia el año de 1614, y aunque por las alusiones que se hacen á varios pasajes de su Quijote, se viene en conocimiento

de ellos, todavía no dan suficiente luz para averiguar cuál de los muchos poetas que allí se nombran fuese determinadamente el fingido Avellaneda.

Estractamos lo dicho por Navarrete, y sin comentario hemos de entregarlo al exámen del lector. Recuérdense las palabras de Murillo, Mayans y Pellicer, y saltará á los ojos cómo nuestro académico las altera, amplía y tergiversa, adelantándose á decir, entre otras cosas, que consta la presencia de Avellaneda en las justas zaragozanas, cuando no había de ello mas que un recelo harto ténue é insostenible.

Piensa Pellicer que con tales antecedentes, y el mas seguro que tiene de la verdadera pátria de Avellaneda, pudiera presumir que la circunspeccion y templanza de Cervantes para con su rival, procedió del apoyo y de la proteccion que éste, como domínico y aragonés, hallaria en el valimiento y autoridad del confesor del Rey, Fray Luis de Aliaga, religioso de la misma órden y natural de Zaragoza. No es estraño que Cervantes, en aquellas circunstancias, hallándose ausente su favorecedor el conde de Lemos, (11) y este rodeado de los Arjensolas, que tambien eran aragoneses y podrian influir mucho en mejorar su situacion, prefiriese reservar el nombre y calidad de su adversario por el decoro que merecian su estado, profesion y conexiones, á descubrirle y correrle en público conforme á los impulsos de su enojo y propia satisfaccion.

Véase con cuanta facilidad se desvanece el mérito que pudiera encerrar el comedimiento de Cervantes; que no fué sensatez, ni cristiana resignacion, ni superioridad moral, sino el temor que le producía la condicion y el poderío de su enemigo ó el móvil egoista de no enagenarse la proteccion que pudieran dispensarle los Arjensolas. Hállase á Cervantes en su segundo prólogo inspirado por superiores sentimientos; el enojo y la ira, si existieron en su pecho, no se han trasmitido á sus escritos; pero Navarrete, adivinando que Avellaneda cuenta con el apoyo de Aliaga, convierte la discrecion y templanza del valeroso soldado en cálculo y pusilanimidad, pues distante su Mecenaz, á quien rodean los Arjensolas, no eran circunstancias propicias para desafiar la cólera de su émulo favorecido por alto personaje, alejando tambien de su propia persona los buenos oficios de los escritores aragoneses...!

Medrado quedaría el buen nombre del afamado novelista si esta mal concebida máquina no se arruinara al primer embate del buen sentido. Falsas las premisas, falsas habian de ser las consecuencias. Si Cervantes calló el nombre de Avellaneda, conociéndolo, sus razones le asistirian para ello, si ya no es que lo ignoraba; pero bien puede decirse que ni la cobardía, disfrazada con el recurso de una escesiva prudencia, ni mucho menos un calculado y frio egoismo, influyeron ni mucho ni poco, en tan juiciosa providencia. Ni la fla-

queza de ánimo, ni el vil interés se compadecían fácilmente con la vida del héroe de Lepanto y de las mazmorras arjelinas, con el pasado del varón insigne que, esponiéndose á terribles castigos, conspiraba para devolver la libertad á sus compatriotas y despues azotaba severo á la sociedad contemporánea, persiguiéndola en las preocupaciones y flaquezas mas acatadas y culminantes. Equivócase Navarrete de medio á medio. Cervantes estaba desengañado al escribir su segundo prólogo, de lo que pudiera esperar del único de los Arjensolas que vivía, quien, procurando obtener para sí pingües posiciones, olvidóse del mísero sexajenario que, enfermo, pobre y desdichado, devoraba sus cuitas en mortal y terrible melancolía.

Llegaba á esta altura la controversia cuando descubre Cean Bermudez, (12) en el Archivo de Indias de Sevilla, documentos relativos á Cervantes, y fundándose en coincidencias no despreciables, asegura que el licenciado Juan Blanco de Paz, su cruel enemigo, cuando ambos se hallaban cautivos, fué el personaje á quien con tanto celo se buscaba. Navarrete, al extractar en la edicion de 1819 los papeles de Cean, y Clemencin en 1834, (13) acogieron con mucha reserva esta hipótesis, que dió márgen á otras, aun menos probables, sin que ninguna lograra tanta fortuna como la que anunció D. Adolfo de Castro en 1846 y de la cual nos ocuparemos sin perder momento.

Sacó á luz el erudito gaditano, en la citada fecha su libro intitulado «El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV,» (14) y á vueltas de revelar curiosos pormenores sobre Fray Luis Aliaga, confesor del anterior monarca, decia ser aquel el padre del falso D. Quijote, habiéndole hecho estampar esta noticia la lectura de un papel suyo con el epígrafe de «Venganza de la lengua Castellana,» (15) donde el estilo se conformaba con el usado en su otra produccion. Afirmó Castro que Mayans, Murillo y Pellicer llegaron á saber que Avellaneda fué aragonés y religioso en el Convento de Predicadores de Zaragoza, antojándosele indudable que el mordaz conde de Villamediana estaba en el secreto, cuando vituperando la ambicion de Aliaga, escribió:

Sancho Panza, el confesor

Del ya difunto monarca,  
Que de la llave del arca  
Fué de Osuna sangrador;  
El cuchillo del dolor  
Lleva á Huete atravesado;  
Y en tan miserable estado  
Que será (segun he oido,)  
De Inquisidor inquirido,  
De Confesor confesado.

Cuatro años mas tarde dió á la estampa el mismo Castro su «Buscapié,» repitiendo en el prólogo de las dos primeras ediciones el descubrimiento, y declarando que se lo habia comunicado don

J. B. Cavaleri y Pazos, antiguo literato residente en Cádiz á la sazón, y editor de los entremeses de Cervantes. Difundida la noticia, disputóle su propiedad el célebre bibliófilo D. Bartolomé J. Gallardo, y aun despues se dijo por literatos de tanta nota como los señores Fernandez-Guerra y Barrera y Leyrado, que aquella conjetura era moneda corriente de tiempo atrás entre muchos de nuestros cervantistas. De todos modos á Castro pertenecía el mérito de haber sido quien primero la divulgó; mas es lo cierto que reflexionando con mayor detenimiento sobre ella, hubo al postre de declararla sin valor, cuando en el proemio de la cuarta edición del «Buscapié,» hecha en 1850, despues de nuevas averiguaciones, decídese á sostener que el fingido Avellaneda es Alonso Fernandez, fraile dominico, persona muy devota de la Virgen del Rosario, escritor ascético y en quien concurrieron cualidades que á aquel se atribuian.

No hubieron de seguirle en su nueva empresa los que con tanto entusiasmo habian acogido su primer aserto. Salía en 1851 de las prensas del acreditado Rivadeneira el tomo décimo octavo de su selecta Biblioteca de Autores Españoles, incluyéndose en él varias producciones de novelistas posteriores á Cervantes, revisadas por D. Cayetano Rosell y enriquecidas con un prólogo ó noticia crítico-literaria de su docta pluma.

Hállase en primer término el «Quijote de Avellaneda,» y con tal ocasion, el señor Rosell ven-

tila el manoseado tema, utilizando lo dicho por Castro, y exhibe nuevas piezas que contribuyen á dar interés al debate. Un memorial de la Biblioteca Nacional, (16) escrito contra Aliaga, confírmale en que el confesor de Felipe III fué aragonés, (17) y le revela la causa por qué tuvo que emplearse en un convento de monjas, y como, segun Rosell, Pellicer habia opinado que Avellaneda, mostrándose tan al corriente de las prácticas religiosas en el episodio de los felices amantes, debió estar en algun establecimiento monástico, imagina que la coincidencia corrobora lo dicho por el historiógrafo gaditano.

Reproduce de paso los versos citados por Pellicer y Castro, y opina que si el Sancho Panza de las justas de Zaragoza es Avellaneda, tambien existe la prueba irrecusable de que con igual dictado era conocido en la córte por los años de 1621, el confesor régio Fray Luis Aliaga. Ante esta hábil argumentacion, la crítica pierde la brújula y se lanza por el despeñadero de lo arbitrario. Caen todos en el error, y se proclama que el enemigo de Cervantes, el autor del Quijote tarraconense, el perseguidor impertérrito de nuestro cuitado ingenio, no es otro que el encumbrado dominico, sobre quien toda una generacion de escritores, sin escluir al que traza estas líneas, (18) declina la responsabilidad de las desgracias que abrumaron al primero, en los últimos años de su existencia. D. Cayetano Alberto de la Barrera, en los nota-

bles artículos que publicó entre 1856 y 1858 en la «Revista de Literatura, Ciencias y Artes» de Sevilla; D. Juan Eugenio Hartzenbusch en la «Revista de España» y en la «Gaceta Literaria,» que veían la luz en Madrid en 1862; D. Aureliano Fernandez Guerra, en su precioso trabajo para ilustrar el Quijote, 1863; (19) y el propio Barrera en las nuevas investigaciones sobre la biografía de Cervantes, incluidas en la edición monumental de todas sus obras, hecha por Rivadeneira en el mismo año; (20) admiten, amplían, comentan y corroboran las conjeturas de Castro y de Rosell, llegándose á decir que para la crítica moderna el problema había quedado resuelto desde el punto mismo en que se pronunció el nombre de Aliaga. Veamos si esto es tan exacto como se supone.

### BIOGRAFIA APÓCRIFA DE ALIAGA.

Cuéntase que Fray Luis Aliaga, nacido en la parroquia de San Gil de Zaragoza, y hombre de baja estraccion, era motejado desde chicuelo con el apodo de Sancho, aplicándosele en un sentido poco culto y decoroso: que protegido por el Padre Jerónimo Javierre, consiguió, unido ya á la órden de Predicadores con sagrados vínculos, un oficio de monjas; que despues leyó teología en la Universidad de su pátria, y que extrañado de la ciudad por haberse mostrado licencioso en alguna proposicion, buscó de nuevo el amparo de